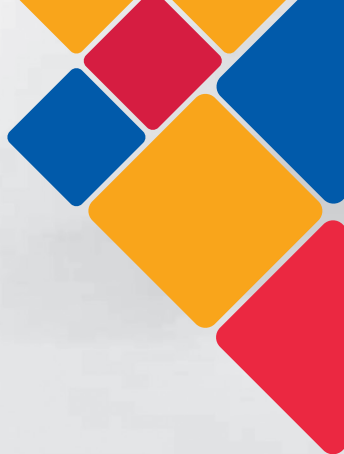




Mitos y realidades sobre la Caravana migrante y las personas refugiadas





A continuación presentamos siete “mitos” (prejuicios) que suelen darse en contextos de crisis migratorias, en prácticamente cualquier latitud: en México, no hemos estado exentos.

“Yo no soy racista ni xenofóbico, pero...”

Si una frase comienza con esta advertencia, casi siempre lo que sigue *es* racista y xenofóbico. En las redes sociales nos hemos topado con frecuencia con estas palabras, seguidas inmediatamente de afirmaciones sobre que –en la Caravana– vienen “*personas analfabetas, pobres, holgazanes, pandilleros, asesinos, lo peorcito*”.

El discurso que equipara a las personas migrantes, desplazadas y refugiadas con personas “indeseables” (no solo criminales y terroristas, sino “*gente inferior*”), tal como lo hemos visto alrededor del mundo en los últimos años, en especial en nuestro vecino del norte, se ha hecho presente ahora en México contra las personas centroamericanas.

La xenofobia y el *raciclasismo* contra personas de Centroamérica se ha manifestado en la sociedad mexicana durante décadas, pero ahora más abiertamente. Esto debe enfrentarse como lo que es: expresiones de la discriminación.

Es preocupante que en México reproduzcamos un discurso racista y xenofóbico –como el de algunos medios y algunas instituciones de Estados Unidos en contra de mexicanas y mexicanos–



en especial porque se dirige a las poblaciones centroamericanas, cuyo perfil sociodemográfico, étnico y cultural es muy similar al de la población nacional.

De esta manera, el rechazo a las personas de Centroamérica, en general, y a las de la caravana migrante en particular, sólo es un reflejo del odio y la discriminación que se ejerce en otras latitudes contra el propio pueblo de México.

Además, es muy importante señalar que estas reacciones sociales ni siquiera representan la opinión mayoritaria de la población mexicana: más de la mitad opina que se les debe dar refugio hasta que puedan regresar a su país (53%) y una tercera parte piensa que se les debe dar papeles para que puedan vivir y trabajar aquí (33%), según datos de la Encuesta Nacional sobre Discriminación 2017, misma que señala que la opinión de que deberíamos cerrarles la frontera y devolverlos a su país es francamente minoritaria (1 y 12%, respectivamente).

“Son delincuentes”

El hecho de que se acuse a los migrantes de “delincuentes” se repite en los discursos xenófobos y racistas en Estados Unidos sobre las y los mexicanos, y tampoco es cierto. La caravana migrante está compuesta por víctimas de la violencia, la pobreza y la exclusión social en sus países de origen. De hecho, el Triángulo Norte de Centroamérica (Guatemala, El Salvador y Honduras) es una de las regiones más violentas del planeta. Calificar, sin más, a las personas migrantes como criminales, es culparlas de tratar de ejercer su derecho a existir, huyendo de sus lugares de origen, lo cual es en muchos casos su única alternativa.





Estas personas no solo son víctimas en sus países, también están en extrema vulnerabilidad durante todo su trayecto por la región, que es una de las rutas de movilidad internacional de personas más peligrosas del mundo, de acuerdo con la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC, en inglés). A lo largo de su trayecto, las personas migrantes son víctimas potenciales de delincuentes ocasionales, de grupos del crimen organizado transnacional, y también de autoridades. De acuerdo con diversos diagnósticos, más de 10% de las personas migrantes en tránsito por México es víctima de algún delito, que en la mayoría de los casos no se denuncia y mucho menos se persigue.

“No es problema de México”

La migración, de hecho, sí es un problema que nos atañe, porque el desplazamiento forzado y el refugio son fenómenos regionales que requieren soluciones regionales, concertadas y efectivas, en beneficio de los países de origen, tránsito y destino, tal como señalan diversos compromisos internacionales que México ha impulsado y adquirido.

México tiene una responsabilidad en la solución del problema, tanto jurídica como políticamente. Encontrar tales soluciones también beneficia al país. Se trata de brindar atención humanitaria a quienes necesitan refugio y protección internacional, una acogida integradora en beneficio del tejido social y soluciones de carácter regional para combatir las causas estructurales de la migración irregular, el desplazamiento forzado y el tráfico de migrantes.

En el pasado ya se actuó en este sentido, y con buenos resultados. En los años ochenta México asumió el liderazgo regional para hacer contrapeso a las políticas estadounidenses de restricción migratoria y limitación del refugio, como parte de la ofensiva de este país en Centroamérica. En

los próximos años no solo tendremos que buscar soluciones a la complicada relación bilateral, sino que deberemos incluir en la estrategia internacional –y en la nacional– una atención integral basada en derechos para atender la crisis humanitaria del Triángulo Norte.

Lo que de hecho no es problema de México, pero sí nos afecta, es la xenofobia y el odio promovidos por los sectores más conservadores de Estados Unidos. Está en nuestro interés nacional mejorar las condiciones en Centroamérica, porque esto tendrá un impacto regional para combatir las causas estructurales de la migración, en lugar de pagar los costos del control de los flujos que se dirigen a Estados Unidos. El desarrollo de la región es el mejor antídoto contra las migraciones y desplazamientos forzados.



“Primero hay que ayudar a los mexicanos”

México es un país con muchas desigualdades y existe una amplia mayoría de mexicanas y mexicanos que enfrentan grandes carencias. También es cierto que en el país hay regiones igual o más violentas que aquellas de las que buscan escapar las y los centroamericanos. No obstante, nuestra nación cuenta con 125.3 millones de habitantes y es una de las economías más grandes del mundo, y los problemas nacionales se relacionan más con la distribución extremadamente desigual de oportunidades, y el ejercicio pleno de los derechos, que con la falta de recursos.

La noción de que ayudar a otras personas nos perjudica es simplemente falsa y, como muchas otras de esta naturaleza, sólo busca defender los privilegios de algunas minorías. México está en la capacidad de dar refugio y protección a muchas más personas de las que actualmente lo obtienen, sin descuidar a la propia población en desventaja.

Además es nuestra obligación, conforme al marco jurídico nacional y los compromisos internacionales en la materia. Hacerlo resulta en beneficio tanto de las personas migrantes y refugiadas como de la población mexicana; primero, porque implica disminuir las presiones en Centroamérica (lo que contribuye a desincentivar el flujo) y, segundo, porque permite aprovechar sus aportaciones económicas, sociales y culturales a la región.

“Nos quitarán los empleos”

La migración laboral y la búsqueda de refugio y protección internacional tienen motivaciones diferentes. La primera sí tiene una motivación directa con la búsqueda de empleo, pero la evidencia internacional demuestra que no implica una competencia por los puestos de trabajo con la población nativa, ya que se concentra en segmentos laborales muy específicos, en la base de la pirámide o en empleos muy especializados.

Por el contrario, las migraciones representan contribuciones importantes al desarrollo de los países de origen y destino, tienden a incrementar la productividad, la competitividad y los contactos internacionales de la economía. Las personas migrantes están predominantemente en las etapas productivas del ciclo de vida, suelen ser más educadas y calificadas que quienes no migran, son emprendedoras y audaces.

Además, México tiene uno de los porcentajes más bajos de población extranjera del continente americano y de la OCDE, muy lejos del promedio internacional. Ni siquiera uno por ciento de la población en México es extranjera, en comparación con 13% en promedio para los países de la OCDE y 8% para el continente americano.



“Es una invasión”

La Caravana que recorre nuestro país estos días no es una invasión. Es un éxodo de personas que escapan de situaciones extremas, con el objeto de salvar sus vidas, y recurren a la estrategia de ir acompañadas como medio de protección, en virtud de la conocida peligrosidad de la ruta migratoria.

En realidad, son menos de diez mil personas, la mayoría de las cuales ni siquiera busca establecerse en México como primera opción, puesto que se dirige a los Estados Unidos. Numéricamente, la caravana de migrantes equivale al 0.008% de la población nacional (o, visto de otra manera, la caravana representa solamente el 1% de la población mexicana nacida en el extranjero). Esta ola migratoria no tiene tampoco punto de comparación con el número de personas refugiadas de Centroamérica, principalmente de Guatemala, que recibió nuestro país en los años 80 del siglo pasado: alrededor de 50 mil.

Para entender estas cifras, veamos el contexto global. El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) estima, con cifras a 2017, que hay alrededor de 68.5 millones de personas desplazadas a la fuerza en todo el mundo: 40 millones son desplazadas internas (en su propio país), 25.4 millones son personas refugiadas y 3.1 millones son solicitantes de asilo político. Alemania, Irán y Líbano han recibido a alrededor de un millón de refugiados cada uno; Pakistán y Uganda, cerca de millón y medio, cada uno y Turquía ha acogido a más de 3.5 millones.

Al igual que las y los mexicanos que viven en la Unión Americana *no son* una amenaza, la migración centroamericana no debe ser interpretada como una invasión, ni como una amenaza a nuestra seguridad, al tejido social, ni mucho menos a nuestra cultura. Esta idea no es más que un argumento que esgrimen los grupos xenófobos en contra de los grupos latinos, basada en puro racismo, para exacerbar el nacionalismo y generar rechazo a través de la desinformación y de la estigmatización.

“Si dejamos que entren éstos, llegarán más”

En la actualidad, el flujo de personas a través de las fronteras internacionales no es mucho mayor que en el pasado, a pesar de que las noticias puedan hacer creer que, en determinados lugares, es un movimiento masivo. En comparación con la población mundial, el número total de migrantes internacionales y personas refugiadas y asiladas, de cualquier tipo, se ha mantenido relativamente estable desde la década de los años 60 del siglo pasado: alrededor de 3%.

Los flujos migratorios –incluso los desplazamientos numerosos y organizados, como la Caravana de octubre de este año– originados por motivos como desastres naturales, violaciones masivas a los derechos humanos, conflictos violentos, guerras y otros motivos, tienen un límite demográfico.

De cualquier manera, la solución *no* consiste en el cierre de fronteras y el rechazo a este flujo. La solución pasa por una política de hospitalidad, acogida e integración, así como por realizar las inversiones necesarias para reducir las presiones migratorias de emergencia. Siempre ha habido y siempre habrá migraciones internacionales. Las sociedades deben encontrar las mejores reglas para su gobernanza, y la decisión de “levantar muros” no es una solución eficiente ni duradera.



**CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN**